



Primer domingo de Adviento. Ciclo A

✠ Lectura del santo Evangelio según San Mateo 24, 37-44.

EN aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Cuando venga el Hijo del hombre, pasará como en tiempo de Noé. En los días antes del diluvio, la gente comía y bebía, se casaban los hombres y las mujeres tomaban esposa, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre: dos hombres estarán en el campo, a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo, a una se la llevarán y a otra la dejarán.

Por tanto, estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría que abrieran un boquete en su casa. Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre».



EMPIEZA EL ADVIENTO

"Adviento" significa "presencia", "llegada", "venida". En el mundo romano era un término para indicar la llegada de un funcionario, la visita del rey o del emperador a una provincia, o bien la venida de la divinidad. Los cristianos la adoptaron para expresar que Jesús es el Rey, que ha entrado en esta pobre "provincia" denominada tierra para visitar a todos; invita a participar en la fiesta de su Adviento a todos los que creen en Él, a todos los que creen en su presencia en la asamblea litúrgica.

1. ¡DIOS VIENE!

Con el primer domingo de adviento un año nuevo rebosante de esperanza se inicia en la Iglesia. Jesucristo te dice: *"Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, Yo entraré y cenaré con él, y él conmigo"* (Ap 3,20).

Así lo anuncia con elocuencia la primera antifona vespertina de este santo tiempo: *"Anunciad a todos los pueblos y decidles: Mirad, Dios, nuestro Salvador, viene"*. No usa el pasado —Dios ha venido— ni el futuro, —Dios vendrá—, sino el presente: *"Dios viene"*. Se trata de un presente continuo, es decir, de una acción que se realiza siempre: está ocurriendo, ocurre ahora y ocurrirá también en el futuro. En todo momento "Dios viene".

El único verdadero Dios, "el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob", no es un Dios que está en el cielo, desinteresándose de nosotros y de nuestra historia, sino que *es el Dios-que-viene*. **Es un Padre que nunca deja de pensar en nosotros y**, respetando totalmente nuestra libertad, desea encontrarse con nosotros y visitarnos; quiere venir, vivir en medio de nosotros, permanecer en nosotros. Viene porque desea liberarnos del mal y de la muerte, de todo lo que impide nuestra verdadera felicidad, Dios viene a salvarnos.

2. ¿QUÉ ESPERANZA TENGO?

En este primer domingo de Adviento, la Iglesia inicia un nuevo Año litúrgico, un nuevo camino de fe que, por una parte, conmemora el acontecimiento de Jesucristo, y por otra, se abre a su cumplimiento final. Precisamente de esta doble perspectiva vive el tiempo de Adviento, mirando tanto a la primera venida del Hijo de Dios, cuando nació de la Virgen María, como a su vuelta gloriosa, cuando vendrá a *«juzgar a vivos y muertos»*, como decimos en el Credo. Este sugestivo tema de la «espera» nos muestra un aspecto profundamente humano, en el que la fe se convierte, por decirlo así, en un todo con nuestra carne y nuestro corazón.

La espera, el esperar, es una dimensión que atraviesa toda nuestra existencia personal, familiar y social. La espera está presente en mil situaciones, desde las más pequeñas y banales hasta las más importantes, que nos implican totalmente y en lo profundo. Pensemos, entre estas, en la espera de un hijo por parte de

dos esposos; en la de un pariente o de un amigo que viene a visitarnos de lejos; pensemos, para un joven, en la espera del resultado de un examen decisivo, o de una entrevista de trabajo; en las relaciones afectivas, en la espera del encuentro con la persona amada, de la respuesta a una carta, o de la aceptación de un perdón... Se podría decir que el hombre está vivo mientras espera, mientras en su corazón está viva la esperanza. Y al hombre se lo reconoce por sus esperas: nuestra «estatura» moral y espiritual se puede medir por lo que esperamos, por aquello en lo que esperamos.

Cada uno de nosotros, especialmente en este tiempo que nos prepara a la Navidad, puede preguntarse: **¿yo qué espero?** En este momento de mi vida, ¿a qué tiende mi corazón? Y esta misma pregunta se puede formular a nivel de familia, de comunidad, de nación. ¿Qué es lo que esperamos juntos? ¿Qué una nuestras aspiraciones?, ¿qué tienen en común?

En el tiempo anterior al nacimiento de Jesús, era muy fuerte en Israel la espera del Mesías, es decir, de un Consagrado, descendiente del rey David, que finalmente liberaría al pueblo de toda esclavitud moral y política e instauraría el reino de Dios. Pero nadie habría imaginado nunca que el Mesías pudiese nacer de una joven humilde como era María, prometida del justo José. Ni siquiera ella lo habría pensado nunca, pero en su corazón la espera del Salvador era tan grande, su fe y su esperanza eran tan ardientes, que él pudo encontrar en ella una madre digna. Por lo demás, Dios mismo la había preparado, antes de los siglos. Hay una misteriosa correspondencia entre la espera de Dios y la de María, la criatura «llena de gracia», totalmente transparente al designio de amor del Altísimo. **Aprendamos de ella, Mujer del Adviento**, a vivir los gestos cotidianos con un espíritu nuevo, con el sentimiento de una espera profunda, que sólo la venida de Dios puede colmar.

MEDITA

El Evangelio de este domingo nos invita a Vigilar: "Vigilemos para estar preparados. Caminamos irreversiblemente hacia el encuentro definitivo con Cristo en la eternidad. No sabemos el día ni la hora. Solo la fe vigilante y la fidelidad permanente pueden hacer nuestras vidas dignas de salvación eterna. La realidad cotidiana con su monotonía exasperante nos adormece. A nuestro alrededor hay acontecimientos difíciles: guerras, violencias, injusticias, etc. A todo nos acostumbramos. Existe quien responde y quien se calla, quien se esfuerza y quien se abandona" (Manuel Garrido Bonaño).

- **Cuando venga el Hijo del hombre, pasará como en tiempo de Noé**

El Señor, decepcionado del hombre que le había ofendido por el pecado, castigó a la humanidad con el diluvio. Un castigo medicinal: rescatar un germen del que pudiese brotar una humanidad renovada. Un primer intento de salvación, una alianza con Dios. La situación previa al diluvio era de una irresponsabilidad y de una inmoralidad sorprendente. Y la consecuencia era una situación social caótica y moralmente tóxica. Es lo que ocurre cada vez que la humanidad se aleja de Dios.

"La historia de los hombres y de las naciones, la historia de toda la humanidad suministra pruebas suficientes para afirmar que en todos los tiempos se han multiplicado desgracias y catástrofes, calamidades naturales, como terremotos, o las causadas por el hombre, como guerras, revoluciones, estragos, homicidios y genocidios. Además, cada uno de nosotros sabe que nuestra existencia terrena lleva a la muerte, llegando así un día a su término. El mundo visible, con todos los bienes y las riquezas que oculta en sí mismo, al fin no es capaz de darnos más que la muerte: el término de la vida.

Esta verdad, aunque nos la recuerda también la liturgia de hoy, primer domingo de Adviento, sin embargo, no es la verdad específica anunciada en este día festivo, y en todo el período de Adviento. No es la palabra principal del Evangelio. ¿Cuál es, pues, la palabra principal? La hemos leído hace poco: la venida del Hijo del Hombre. La palabra principal del Evangelio no es "la separación", "la ausencia", sino **"la venida" y "la presencia"**. Ni siquiera es la "muerte", sino la "vida". El Evangelio es la Buena Noticia, porque pronuncia la verdad sobre la vida en el contexto de la muerte" (San Juan Pablo II).

- **Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor**

"El cristiano tiene que vivir en "estado de espera", orientando la propia mirada en dirección a las dos venidas de Cristo. Sintetiza Mateo esta postura con un verbo característico: "velad". No es posible programar, pronosticar la llegada del Señor -tanto la primera como la última- porque es sorprendente, imprevista, imprevisible.

Solamente el "velar" permite no ser pillados de improviso, ser "contemporáneos" de esta doble venida.

El sueño nos hace "ausentes". El verdadero, el irreparable desfase respecto a la venida del Señor está representado por el sueño, por la indiferencia, por la inercia.

Jesús no duda en volver al recuerdo lejano de los tiempos de Noé, cuando la gente "comía y bebía" descuidadamente sin preocuparse de la cuestión fundamental: su relación con Dios. Y así, desprevenidos, fueron arrollados por la catástrofe del diluvio. Una advertencia más bien inquietante.

Para nosotros el sueño puede ser el desinterés, el sentirse ajenos. O sea, la salvación como algo que no nos concierne; no sabemos qué hacer con ella. Esperar al Salvador significa sentirse interesados, reconocer que tenemos necesidad de salvación, admitir que somos pecadores, sentir la exigencia -¡y la urgencia!- de la conversión.

Significa, en medio de nuestras preocupaciones cotidianas, caer en la cuenta de que es necesario preocuparse de un "negocio" fundamental... el de mi salvación. El cristiano vela no porque tenga miedo a la llegada del "señor". Sino porque quiere que el Señor, cuando se presente -y siempre será de improviso- encuentre comprometido en la construcción de una ciudad terrena más justa, fraterna, habitable". (A. Pronsato).

- **Estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre**

El estado de vigilancia que nos pide Jesús exige en primer lugar distinguirse del curso del mundo que no tiene esperanza o que a lo sumo aspira a metas intramundanas, que no cambian nada esencial en las costumbres de la vida cotidiana: «comer, beber y casarse», sin sospechar siquiera que con la venida de Dios puede irrumpir en el mundo algo comparable al diluvio. Pablo llama a estas actividades puramente terrenales «las obras de las tinieblas», porque no han sido realizadas de cara a la luz que comienza a brillar.

El apóstol no desprecia lo terreno: hay que comer y beber, pero «nada de comilonas ni borracheras»; hay que casarse, pero «nada de lujuria ni desenfreno»; hay que trabajar en el campo y en el molino, pero sin «riñas ni pendencias». Lo terreno es regulado, refrenado por la espera de Dios, quedando así reducido a lo necesario. La actividad del mundo es un sueño y ha llegado la hora de espabilarse: es el mejor momento para despertar. Este estar despierto es ya un comienzo de luz, un pertrecharse con las «armas de la luz» para no volver a caer en el sueño, para luchar contra la modorra que produce el tráfigo del mundo abandonado de Dios (V. Balthasar).

LA VIDA ES UN CAMINO

"Recordad siempre esto: la vida es un camino. Es un camino. Un camino para encontrar a Jesús. Al final, y siempre. Un camino donde no encontramos a Jesús no es un camino cristiano. Es propio del cristiano encontrar siempre a Jesús, mirarle, dejarse mirar por Jesús, porque Jesús nos mira con amor, nos ama mucho, nos quiere mucho y nos mira siempre. **Encontrar a Jesús es también dejarte mirar por Él.** «Pero, Padre, tú sabes —alguno de vosotros podría decirme—, tú sabes que este camino, para mí, es un camino difícil, porque yo soy muy pecador, he cometido muchos pecados... ¿cómo puedo encontrar a Jesús?». Pero tú sabes que las personas a las que Jesús mayormente buscaba eran los más pecadores; y le reñían por esto, y la gente —las personas que se creían justas— decía: pero éste, éste no es un verdadero profeta, ¡mira la buena compañía que tiene! Estaba con los pecadores... Y Él decía: He venido por quienes tienen necesidad de salud, necesidad de curación, y Jesús cura nuestros pecados. En el camino, nosotros —todos pecadores, todos, todos somos pecadores— incluso cuando nos equivocamos, cuando cometemos un pecado, cuando pecamos, **Jesús viene y nos perdona.** Este perdón que recibimos en la Confesión es un encuentro con Jesús. Siempre encontramos a Jesús" (Papa Francisco).

En este Adviento necesitas: Un ANHELO, una ACTITUD, una COMPAÑÍA

➤ **Un ANHELO en el alma: ¡Maranatha! ¡Ven Señor Jesús!**

La expresión «Maranatha» es un grito de esperanza. Fue usado habitualmente por los primeros cristianos y la Iglesia nos lo propone con fuerza en este santo tiempo. Es un canto, un grito, una llamada interior que expresa el anhelo íntimo y urgente del alma: ¡Ven, Señor Jesús!

El significado exacto del término griego es «**El Señor viene**». Por eso es también, en realidad, una constatación, una declaración de fe, además de un grito de esperanza... El Señor viene, está viniendo. No deja de venir.

Cuando San Pablo proponía este anhelo a los corintios (1Cor 16, 22), la esperanza de aquellas comunidades era muy inmediata, pues muchos pensaban en una venida muy inminente del Señor. Nosotros, con no menos deseo, seguimos confiando en que pronto llegará ese abrazo definitivo de Dios, del que ya tenemos aquí muchos adelantos, gracias a la acción maravillosa de su Espíritu. Por eso no dejamos de decirle con el corazón y la vida: Tú, Señor, no dejes de venir, no te canses, te necesitamos mucho, no abandones la obra de tus manos...

➤ **Una ACTITUD en la vida: ¡VELAD!**

Tomar conciencia de esta verdad maravillosa de que Dios viene, nos alienta a actuar coherentemente: ¡Despierta! Recuerda que Dios viene. No ayer, no mañana, sino hoy, ¡ahora!

Por eso Jesús en el Evangelio nos exhorta tanto a velar: "¡Velad!". Esta exhortación la dirige no sólo a sus discípulos, sino a todos: "¡Velad!" (Mt 13,37). Se trata de una llamada saludable para recordarnos que la vida no tiene sólo la dimensión terrena, sino que se proyecta hacia un "más allá", como una plantita que germina de la tierra y se abre hacia el cielo. Una plantita pensante, el hombre, dotada de libertad y responsabilidad, por lo que cada uno de nosotros será llamado a rendir cuentas de cómo ha vivido, de cómo ha usado las propias capacidades: si las ha conservado para sí o las ha hecho fructificar también para el bien de los hermanos.

El cristiano está llamado a **vivir esperando**, y el que espera algo grande, vigila, porque no sabe ni el día ni la hora. No podemos vivir de cualquier manera, sino con responsabilidad, negociando los talentos, haciendo el bien, amando y buscando en todo la gloria de Dios.

El verdadero "dueño" del mundo no es el hombre, sino Dios. El Evangelio dice: "*Así que velad, porque no sabéis cuándo llegará el dueño de la casa, si al atardecer o a media noche, al canto del gallo o al amanecer. No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos*" (Mc 13,35-36). El Tiempo de Adviento viene cada año a recordarnos esto para que nuestra vida reencontre su justa orientación hacia el rostro de Dios. El rostro no de un "amo", sino de un Padre y de un Amigo.

➤ **Una COMPAÑÍA permanente: la Virgen.**

Los días del Adviento que empiezan tienen que ser días deliciosos en compañía con la Virgen María, días de oración continua con Ella.

Se abren cuatro semanas de oración con Ella para todos los creyentes. Oración unánime en su Corazón Inmaculado y oración perseverante todos los momentos del día, venciendo con amor, orgullo, pereza, timidez, inconstancia. "*Perseveraban unánimes en la oración con... María, Madre de Jesús*" (Hech 1,14).

Días deliciosos de intimidad sin igual con la Madre. Ella será la que haga nacer a Jesús en nuestro corazón de hijos. Porque Adviento es preparación para un triple nacimiento: Histórico, de Jesús en Belén, Futuro, en su definitiva venida, actual, en nuestro corazón cada día, que nos prepara para la segunda en que "*Él vendrá en su gloria*" (Mt 25, 31).

"*Ha aparecido la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, enseñándonos... a vivir... aguardando la dicha que esperamos, la revelación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro*" (Tt 2,11-13).

Pidamos con insistencia amorosa: *¡Santa María del Adviento, Reina y Madre de la Iglesia! Prepara en nuestros corazones los caminos del Señor, endereza senderos, allana montes de soberbia, colma valles de desalientos y timideces. Que sean enderezados nuestros caminos torcidos e igualados los escabrosos, para que todos vean al Salvador enviado por Dios. Tú, Madre querida, serás nuestra Estrella conduciéndonos a Jesús que va a nacer.*

Muchos días, ir por la calle, trabajar o descansar será para mí repetir saboreando y saborear repitiendo: *Dios te salve, María... llena de gracia... El ángel del Señor anunció... y concibió por obra... He aquí la esclava... hágase... y el Verbo se hizo carne... y habitó...* "Sin saber cómo, me encontraré hablando contigo, amándole a Él con el mismo fuego que de modo indecible abrasaba tu corazón... Y allí me encontraré con mis hermanos todos los hombres" (P. Tomás Morales)